

A PROPÓSITO DE HENRY DAVID THOREAU

H.D. THOREAU, *Poemas*, ed. y trad. de Javier Alcoriza, Cátedra, Madrid, 2018, 336 pp.

La autenticidad de Walden, donde Thoreau residía temporalmente y, como decía en las primas líneas de *Walden*, igualando prácticamente la escritura natural de *Walden* con las impresiones infinitas de Walden, vivía literalmente del trabajo de sus manos, es posible gracias a la no profanación de Walden de tal modo que la devoción de Thoreau a la naturaleza es electivamente afín a la expectativa del significado en la misma medida en que la profundidad de la laguna de Walden es equivalente a la elevación del pensamiento [163]. Volver una y otra vez a la orilla de Walden no impediría, sin embargo, reconocer la cualidad admonitoria de la sempiterna Fair Haven arraigada en la tierra como un todo o un refugio [27]. Walden era la prueba de que, si «nuestra conversación es ajena a las palabras», el efecto renovador de las palabras ejerce una influencia original que se remonta a la escena de la creación. «Cuánto daría por leer —se lamentaba Thoreau— esa primera página brillante» [34].

Aunque la naturaleza es para Thoreau la condición de posibilidad de la comunicación, el centro desde el que habla Thoreau en su poesía es la amistad. Los amigos son parte de la naturaleza de tal modo que la amistad configura el cosmos auténtico que sostiene implícitamente el amor [58]. Los amigos son «un poder plenipotenciario». La «simpatía» que mantiene la amistad se desprende de «la conciencia del otro», algo que hace a los amigos «como dioses» que comparten «la fe en la virtud y la verdad». Al margen de la fe en la virtud y la verdad, o precisamente por ello, la paradoja de los amigos es que, cuando no llegan a un mínimo acuerdo, «¿de qué sirve ahora que seamos sabios si la ausencia inventa este ser doble?», esto es, si en definitiva las diferencias los separan sin posibilidad de reconciliación [51]. Una solución para Thoreau es consagrar la amistad a la fortaleza de espíritu, si no es reconocible, por la que los amigos son como dos robles que representan «el orgullo del prado por su fortaleza», ya que, aunque «por arriba apenas se tocan,

pero hundidas hasta su fuente más profunda», como el lector de los *Poemas* debe advertir con admiración, «sus raíces se entrelazan inseparables» [31]. Cualquiera que ha leído *Una vida con principio* o *Desobediencia civil* sabe que la «independencia» profesada por Thoreau es proverbial y consiste en que no se puede «heredar la desnudez» y sobre todo en la verdadera necesidad única de que «un alma libre puede ayudarse a sí misma», resuelta a «una guerra más noble» que «cualquier urbanidad» [87].

Controvertida y sospechosamente afín al trabajo que sigue, la advertencia del editor en la primera línea de la introducción a los *Poemas* de Thoreau debe servir para fijar la atención del lector en lo que Thoreau dice explícitamente en sus versos. Si los *Poemas* de Thoreau, que no constituyen una única obra escrita como tal, fueron escritos, como sugiere Alcoriza reconociendo en ello una exageración deliberada por su parte, para «los lectores de Thoreau», y no para «los lectores de poesía», ¿entonces Thoreau no distinguía, por decirlo así, entre la poesía y la verdad, entre el comienzo y el final? Precisamente el rasgo predominante de la escritura de Thoreau, no solo en los *Poemas*, es el carácter de la naturaleza que está impreso en todas partes. Si Thoreau escribió sus *Poemas* pensando en los lectores en sentido amplio, en el lector común o en un mundo de lectores, «los lectores de [la] poesía» de Thoreau son tan poco originales como la poesía en general en el momento de establecer o recordar el vínculo con la naturaleza que tiende a expresar. Pero, salvando la exageración, más o menos justificada en el caso de Thoreau, «los lectores de poesía» no pueden ser distintos o indiferentes a «los lectores de Thoreau» debido a que lo que Thoreau quiere decir no sería en el fondo distinto o indiferente a lo que Thoreau dice. De lo contrario, «los lectores de poesía» no están más preparados para asumir la poesía de Thoreau de lo que Thoreau estaba preparado para asumir la condescendencia del lector más atento a Thoreau que a la característica escritura de Thoreau, supuestamente igual de deliberada y reservada que sus *Poemas*. Basta señalar que la descripción misma de Thoreau, inclasificable a la par que Emerson excepto como el tipo del *american scholar*, presumiblemente compatible



con el «poeta filosófico» al estilo de Santayana, es desde luego más controvertida si cabe, considerando que el propio Thoreau, igual pero distinto al poder de resistencia de su escritura, dijo que «ningún hombre me ha propuesto la vida que aspiro a vivir». La exageración no podía ser una excusa para Thoreau ni mucho menos para «los lectores de Thoreau», ni siquiera uno de los rasgos del trascendentalista americano que, precisamente como un poeta natural o de la naturaleza, aspira a recuperar su relación original con el universo. En todo caso, si es cierto, como dice

Thoreau, que solo Dios puede permitirse esperar, esta edición de sus *Poemas* llega afortunadamente a tiempo para los lectores en español que, como el resto de los lectores, o quizá más, se reconocen inconscientemente a sí mismos como viejos lectores omnipotentes pero agradecidos en un mundo intangible que es y no es el mundo actual de Thoreau.

Antonio FERNÁNDEZ DÍEZ

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.laguna.2019.45.08>

